



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080027801

### SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

Entre las glorias legítimas que enaltecieron en México el mundo de las letras, durante el período vireinal de la *Nuevo España*, ocupa un sitio preferente—sin duda de los primeros, y despidiendo brillo esplendoroso—la insigne poetisa á la cual el *Parnaso Mexicano* dedica este volumen de su publicación.

Para la Nación, el juicio del mérito sobresaliente de esta inspirada cantora de los patrios lares, ha sido ya expuesto en distintas ocasiones solemnes y bajo diversas formas, llegándose siempre á idéntica conclusión por todos cuantos han intentado buscarla, movidos por un acrisolado patriotismo, y guiados por la fúlgida luz de una crítica sensata é imparcial: la *Décima Musa*, ó la *Monja mexicana*, como se la denominé por sus entusiastas admiradores, es la concreción más

457

150

003162

adecuada y cumplida de la *poesía vireinal*. Aquel mundo, aquella civilización, con todos sus hábitos y costumbres, con todos sus matices y colores, con sus toques de luz y de sombra; en una palabra, con todas sus idealidades y aspiraciones, está condensado y revelado todo ello fielmente en los cantos peregrinos de tan esclarecida escritora. Con razón, pues, nos parece que ha podido afirmar el Sr. Lic. José de Jesus Cuevas en una sola frase, queriendo sintetizar y dar á conocer la significación que alcanza y representa esta singular mujer en todo el desarrollo obtenido por el *Arte Poético* en México, lo siguiente: "Netzahualcoyotl es la poesía azteca, Sor Juana Inés de la Cruz la vireinal. . . ."

Y cosa peregrina, y digna de obtener la atención del observador perspicaz, hasta la gloriosa vida de Sor Juana es espejo terso en que se retrata casi por completo, al menos en sus rasgos más salientes, el médio social al que ella perteneció.

Al comenzar la segunda mitad del siglo 17º (12 de Noviembre de 1651) vió la luz en San Miguel de Nepantla, población poco distante de la capital, debiendo su origen á padres de un pasar mediano. Desde los primeros días de su existencia, según lo atesti-

guan sus biógrafos, dió muestras harto claras de lo que sería al correr de los mismos, y ya pudo notarse con sobrada evidencia cuanto no habria de ser mas tarde la sed insaciable que la dominaria por atesorar el mayor número posible de conocimientos, cuando ya, en una edad tan temprana, tantísimo le aquejaba una semejante preocupación.

Véase lo que á este respecto nos dice el Sr. D. Francisco Pimentel, en su erudita obra, recientemente publicada, que lleva por título *Historia Crítica de la Literatura y de las Ciencias en México, desde la Conquista hasta nuestros días*: "No habia cumplido tres años Juana Inés, cuando acompañando á la escuela, por afecto y travesura, á su hermana mayor, y viendo que le daban lecciones, sintió vivamente el deseo de leer, y engañando á la maestra, le dijo que su madre ordenaba le enseñase. Comenzaron las lecciones, como de chanza; pero el caso fué que en tan breve tiempo aprendió, y ya sabia leer, cuando la madre tuvo noticia de lo que pasaba.

Una circunstancia curiosa dió á conocer desde esa época lo que nuestra poetisa apreciaba las dotes intelectuales, y fué que se abstenía de comer queso, porque oyó decir que hacía rudo el entendimiento. No es, pues,

extraño que con tales inclinaciones, á los seis ó siete años supiese escribir y las labores propias de su sexo, dando á los ocho años la primera muestra de sutil ingenio, pues compuso una loa en honor del Santísimo Sacramento, animada por la oferta que se le hizo de un libro, para ella la más preciosa alhaja.

Y como oyese contar entónces que había en México Universidad y Escuelas donde se estudiaban las Ciencias, rogó á su madre, con repetidas instancias, que la vistiese de hombre y la mandase á estudiar allá, proposición candorosa que no pudo ser admitida; pero ella se desquitó leyendo diversos libros que tenía su abuelo, sin que bastasen castigo ni reprensiones á estorbárselo.

A eso de los ocho á nueve años la enviaron sus padres á México, donde todos se admiraban de los conocimientos de aquella tierna niña, notables en la edad que tenía y, sin embargo, escasos para sus deseos: así es que se dedicó con empeño al estudio del latín, recibiendo sólo cosa de veinte lecciones de un bachiller Olivas; pero por sí misma se perfeccionó tanto, que llegó á leer y escribir correctamente aquel idioma.

Es preciso oír de la misma poetisa las siguientes palabras, para comprender bien los alien-

tos que la animaban:—*Desde que me rayó la primera luz de la razón, dice, fue tan vehementemente y poderosa la inclinación á las letras, que ni ajenas reprensiones, que he tenido muchas, ni propias reflejas, que he hecho no pocas, han bastado á que deje de seguir este natural impulso que Dios pone en mí. . . . . Y creo tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome la ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí no sabía tal ó cual cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar en pena de la rudeza. Sucedió así, que el crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía á prisa y yo aprendía despacio, y con efecto lo cortaba en pena de la rudeza; que no me pareciera razón estuviere adornada de cabellos, careza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno.*

Bien se comprende, sin gran esfuerzo, al concluir de dar lectura á lo anteriormente transcrito, cuál y cuánto no fué, desde los albores de la vida de nuestra esclarecida escritora, el anhelo veheméntísimo, en el que naturalmente ardía por depositar en los espa-

ciosos ámbitos de su fecunda inteligencia todo linaje de humanos conocimientos, no importa cuáles. En ella tenia indudablemente su exactísimo cumplimiento el concepto etimológico de aquel calificativo apropiado con que se designa á los seres que son amantes apasionadísimos del saber. Y efectivamente, Sor Juana Inés era, en el estricto significado del vocábulo, real y positivamente una *filósofa*. Hé aquí la nota característica que la distingue y especifica.

Y no queda la menor duda que esta misma adhesión de su entendimiento al puro conocer y al asiduo entender, fué la que la hubo de llevar á descubrir, en no pocos casos, ó por lo menos á columbrar en otros, en medio de sus incesantes especulaciones, ciertas verdades y algunos aspectos de las cosas muy distantes, por cierto, de todo cuanto la rodeaba y podia influir sobre la elaboración libre de sus pensamientos. Así es que, á causa del motivo ya indicado, la religiosa de la centuria décimo-séptima, en algo se anticipó á su edad. Y aun es de presumir, con harta fundamento, que si voluntariamente no se hubiere encerrado en las estrecheces y soleidades de un claustro, creyendo de este modo disfrutar de más tranquilidad para engolfarse

de lleno, sin obstáculo de ninguna especie, en sus cunnaturales aficiones mentales, es casi seguro que, no obstante los tiempos en que vivió, y cuyas ideas tenia que respetar, bajo todos conceptos, sus atrevidas concepciones filosóficas ó científicas, hubieran quizá tomado más vuelo y con mayor desembarazo acaso se habrían desenvuelto.

El profundo pensador y atildado escritor Sr. Vigil, discurriendo sobre las *tendencias filosóficas* de Sor Juana, en su notable discurso pronunciado en el "Liceo Hidalgo," á consecuencia de la Velada Literaria que esta corporación celebró en honor de nuestra poetisa, por los años de 1874, no teme decir: "Si se tiene en cuenta la situación que guardaba el país en la época que floreció, en que el despotismo de la dinastía austriaca en decadencia, hacía sentir su pernicioso influjo sobre todos los miembros de la vasta monarquía española, cayendo la literatura del puesto eminente á que un siglo antes la habian elevado Cervantes, Lope de Vega y Fray Luis de Leon, se comprenderá todo el valor de aquella inteligencia excepcional, que poseída de la ardiente pasión del saber, rompiendo las multiplicadas trabas que las preocupaciones sociales imponian á su sexo, se

atreve á tocar cuestiones que, en nuestro siglo, aguardan todavía una solución, y se expresa con una osadía de que aún hay pocos ejemplos en las mujeres de nuestro tiempo. Esto me ha hecho pensar que Sor Juana no sólo fué superior á la época en que vivió, sino que hoy mismo, á pesar de los grandes progresos realizados, no habria podido encontrar un medio social á propósito para sus aspiraciones, sino en un pueblo como los Estados- Unidos de América, los más próximos á resolver el problema de la emancipación de la mujer."

Los límites en que por necesidad tenemos que circunscribirnos, dadas las especiales condiciones de esta publicación, nos impiden hacer un extenso juicio crítico de las composiciones de la celebrada poetisa de quien nos estamos ocupando, por lo cual nos es indispensable continuar, siquiera lo hagamos á grandes rasgos, la exposición de los hechos que tejieron y determinaron su existencia. Despues de lo hasta aquí relacionado, recordáremos que fué nombrada Dama de Honor de la Vireina, en el desempeño de cuyas funciones supo conquistarse la admiracion, afecto y simpatías de toda aquella galante y culta sociedad, así por sus dotes físicas, como por las intelectuales.

De aquí pasó á la silenciosa vida de un convento, contando aún muy pocos años, como quiera que se hallaba en la primavera halagadora de su existencia; pero no sin que también la acompañase á aquella humilde reclusión, todo el prestigio y toda la fama que en el bullicio del mundo la circundaban. Allí la acompañó, respetuosa, la fama popular, y en el seno de aquella mansión solitaria, era escuchada su voz por la sociedad de su época que anhelosa la consultaba, ya por medio de visitas personales que le hacian, ya mediante correspondencias epistolares que le enviaban. Veinte y siete años permaneció en su Convento, y en aquel mismo retiro murió, grandemente lamentada, á la edad de 44 años, víctima de su ardorosa caridad evangélica, contagiada por una peste de fiebres, que se habia dejado sentir en la Capital del Virreinato, y la cual habia invadido el claustro en que Sor Juana moraba. Por atender con la mayor asiduidad y el más entrañable afecto á sus hermanas de religión, hubo de sucumbir, entregando resignada su noble, ardiente y elevado espíritu al Supremo Hacedor, que de tantas y tamañas bondades la habia colmado. Dos años antes de su fallecimiento habia mandado vender, entregando el producto

á los pobres, toda su biblioteca; consiste en 4,000 volúmenes, así como cuantos instrumentos y útiles artísticos ó científicos poseía, prestando oídos, al tomar semejante resolución, á las indicaciones que le habia hecho el señor obispo de Puebla, D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, encaminadas á que debía consagrarse exclusivamente al cultivo de la religión.

Suscintamente, como era natural y propio, hemos presentado en estos ligeros apuntes el mérito eximio, revelado, en la vida y en las obras de tan celebrada personalidad literaria. La posteridad, de igual suerte que el período histórico en que existió, ha podido afirmar de tan singular ingenio: Fué bella, fué sabia, fué virtuosa y fué, además, uno de los ornamentos más preciosos que, en la esfera del arte poético, puede la Nación Mexicana presentar, enorgullecida, á la consideración de propios y extraños.

Con justicia y razón incuestionables, por lo tanto, y refiriéndose á la poetisa, pudo decir su compatriota, el inspirado vate José Rosas, lo siguiente:

“La mágica cantora

Ave de nuestros bosques silenciosos

Bajó á la tumba umbría,

Pero su dulce acento,  
En su blando rumor, repite el viento,  
Y su canto resuena todavía.  
Su genio ilustre vive, y en la historia  
Su nombre resplandece  
Como el astro más bello de la gloria”

E. FUENTES Y BETANCOURT.

México, Agosto 21 de 1885.

Sor Juana Inés de la Cruz.

---

**REDONDILLAS.**

---

Hombres nécios que acusaís  
A la mujer, sin razón,  
Sin ver que sois la ocasión  
De lo mismo que culpais.

Si con arsia sin igual  
Solicitais su desdén,  
¿Por qué quereis que obren bien  
Si las incitais al mal?

Combatís su resistencia,  
Y luego con gravedad  
Decís que fué liviandad  
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
De vuestro parecer loco,